

El arte de narrar



María Teresa Andruetto



FONDO DE CULTURA
ECONÓMICA



ESPACIOS PARA LA LECTURA

Como fuente primaria de información, instrumento básico de comunicación y herramienta indispensable para participar socialmente o construir subjetividades, la palabra escrita ocupa un papel central en el mundo contemporáneo. Sin embargo, la reflexión sobre la lectura y escritura generalmente está reservada al ámbito de la didáctica o de la investigación universitaria.

*La colección **Espacios para la Lectura** quiere tender un puente entre el campo pedagógico y la investigación multidisciplinaria actual en materia de cultura escrita, para que maestros y otros profesionales dedicados a la formación de lectores perciban las imbricaciones de su tarea en el tejido social y, simultáneamente, para que los investigadores se acerquen a campos relacionados con el suyo desde otra perspectiva.*

Pero —en congruencia con el planteamiento de la centralidad que ocupa la palabra escrita en nuestra cultura— también pretende abrir un espacio en donde el público en general pueda acercarse a las cuestiones relacionadas con la lectura, la escritura y la formación de usuarios activos de la lengua escrita.

***Espacios para la Lectura** es pues un lugar de confluencia —de distintos intereses y perspectivas— y un espacio para hacer públicas realidades que no deben permanecer solo en el interés de unos cuantos. Es, también, una apuesta abierta en favor de la palabra.*



El arte de narrar



ESPACIOS PARA LA LECTURA

El arte de narrar



María Teresa Andruetto



FONDO DE CULTURA
ECONÓMICA



Primera edición, 2025

Andruetto, María Teresa

El arte de narrar / María Teresa Andruetto. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2025. 251 p. ; 14 × 21 cm. - (Espacios para la Lectura)

ISBN 978-987-719-555-2

1. Lectura. 2. Lenguaje. 3. Ensayo Literario. I. Título.

CDD A860

Distribución en América Latina y España.

© María Teresa Andruetto, 2025
c/o Agencia Literaria CBQ, SL

D.R. © 2025, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

Armado de tapa: Hernán Morfese
Diagramación de interior: Cristina Cermeño
Corrección: Patricia Motto Rouco y Rosina Balboa
Edición al cuidado de Marina D'Eramo y Yanina Gómez Cernadas

ISBN: 978-987-719-555-2

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11723

ÍNDICE

CUERPO Y ESCRITURA

| | |
|--|----|
| ¿Será esto amor? | 13 |
| Alumbrar muñecos y no salvajes criaturas en el mundo | 15 |
| Cuerpo y escritura | 19 |
| Cleofé / Traducción, madres, locura, lengua | 27 |

EL ARTE DE NARRAR

| | |
|---|----|
| Ficciones | 39 |
| La doncella que duerme..... | 47 |
| Merodeos en torno al silencio | 53 |
| El arte de narrar | 61 |
| Lo pulido y la falta de resistencia | 75 |
| El ojo en la escena..... | 81 |

LITERATURA Y MEMORIA

| | |
|--|-----|
| La escena en cuestión..... | 95 |
| Dictadura, insilio y escritura..... | 99 |
| Sujeto e historia. La búsqueda de identidad como centro narrativo .. | 115 |

LITERATURA Y ESCUELA

| | |
|-----------------------------|-----|
| La lectura como riesgo..... | 133 |
| Lectura y escuela..... | 137 |

| | |
|--|-----|
| Resistencia | 145 |
| En las profundidades, los peces son más poderosos..... | 159 |
| Bibliotecas..... | 167 |
| No moralizar la experiencia de lectura y escritura | 173 |
| Leer en el siglo XXI | 183 |

MUJERES Y ESCRITURA

| | |
|---|-----|
| Románticas, burguesas, superficiales, mediáticas, tilingas, desclasadas..... | 201 |
|---|-----|

LA LENGUA

| | |
|--|-----|
| Entre la lengua oficial, la lengua viva y el lenguaje inclusivo..... | 223 |
| Una lengua es una energía y se inventa todo el tiempo..... | 227 |
| BIBLIOGRAFÍA GENERAL | 247 |

CUERPO Y ESCRITURA

Para que crezca la flor de loto es necesario el fango.

PROVERBIO BUDISTA

¿Será esto amor?*

Ir hacia eso que viene hacia nosotros, que nos importa más que nosotros (esa imagen, esa voz en el oído, esa urgencia, ese murmullo), entregarse a esa intuición. Deseo de ser transformado por eso que viene y a lo que vamos. Intenso deseo de comprender. Ir sin saber hacia dónde, abiertos a lo inesperado del encuentro con ese algo que aún no tiene nombre, ni forma, ni color y menos todavía nos da certeza. Temer todas las veces, aunque haya sucedido muchas veces, que la criatura no nazca bien. Sentir el sudor y el temblor, memoria de aquello que sentimos la primera vez. Saber que, si el temblor no llega, es porque efectivamente algo no está saliendo bien, y tener miedo —mucho miedo— de ser aceptado o halagado o consentido por algo que ya hicimos, por algo ajeno a eso mismo, eso tras lo cual estamos ahora. Necesitar de la destreza y el oficio como del pan y saber al mismo tiempo que “hacerlo de oficio” es lo que más nos aleja de lo que deseamos. Comprender entonces que el oficio puede ser un enemigo, que *es* un enemigo, que ahí está el peligro de alumbrar muñecos y no salvajes criaturas en el mundo. Que lo mejor sería deshabitarse para que algo pueda ingresar, algo que es de todos y al mismo tiempo tan propio. Deshabitarnos (¡lo más difícil!) para que eso de otros que está en nosotros y desconocemos aparezca. Aceptar de antemano que nunca nada será del todo como lo

* Escrito en respuesta a una pregunta hecha por la Escuela de Orientación Lacaniana (EOL) de Córdoba.

hemos deseado, que por grande que sea la entrega y por larga que sea la espera, puede que no sepamos ver o que escuchemos mal o que sea demasiado pronto o demasiado tarde.

¿Será esto amor?

* * *

Después, algunas veces, pocas veces, si verdaderamente (“la belleza es verdad y la verdad belleza”, John Keats) algo pasa entre eso y nosotros, ofrecerle al entredós toda la artesanía, todos los aprendizajes alcanzados con trabajo, paciencia, aceptación.



Alumbrar muñecos y no salvajes criaturas en el mundo*

En materia de escritura, lo más político es poner en cuestión las certezas porque lo que une al arte con la política es la posibilidad de establecer disenso, salir de uno mismo para mirar desde otro con el que tal vez disentimos. Busco detalles, la creación está en los detalles, los grises, los bordes, lo incierto, lo incómodo; todo es importante, pero el narrador y su punto de vista son lo más importante de todo. Un relato es una voz al oído, en la oralidad está el lugar más vital de una lengua, también el más inestable, el más incierto, el más inseguro, el más difícil de apresar. Cómo volver verdadera una voz es el desafío, de modo que estoy muy atenta a los registros del habla, a los matices que eso tiene, porque en el matiz aparecen las convicciones, las contradicciones, los conocimientos y las confusiones de la voz que narra. La literatura es memoria no solo histórica, sino también memoria del cuerpo, de la vida cotidiana, de las mujeres de la casa. Memoria, diría Marc Augé,¹ llena de olvido fecundo, que opera por una selección que no es gratuita. Esa memoria es un río subterráneo que a veces irrumpe y sale a la superficie para volver a hundirse, que va y viene, pero no deja de estar en nosotros porque hay un saber que está en el cuerpo y rebrota. Esa voz social tarde o temprano regresa, del mismo modo en que regresa una y otra

* Leído en el Congreso Internacional de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL), 2020.

¹ Marc Augé, *Las formas del olvido*, Barcelona, Gedisa, 2019.

vez, en los procesos individuales, lo reprimido hasta que se hace un lugar en lo consciente. Las formas del arte que más me interesan son las que nos conectan con esa zona subterránea: un individuo que yendo hacia sí mismo logra extraer algo de la voz social; por eso, en los mejores momentos de los mejores escritores, quien habla por ellos es una sociedad.

No creo en las trasposiciones, creo en el trabajo de cocción que la escritura hace con la vida, el paso de lo crudo a lo cocido. Lo que me atrae: escenas que presentan un ligero desacomodo/disfunción/corrimiento de lo habitual, o que contradicen preconceptos que hasta entonces yo tenía sobre ciertas cuestiones. No me interesa lo verdaderamente extraño, extraordinario, me atrae más lo que es apenas un poco extraño, lo que se esconde bajo las apariencias, lo luminoso o lo oscuro que habita en la vida de todos y que solo con mucha atención, a veces, se deja ver. El huevo es el descubrimiento involuntario de una escena, después voy cavando ahí hasta que algo que todavía no conozco se revela en un sentido casi fotográfico; en ese alambique se fusionan experiencia e imaginación, lo ficcional y la (propia) vida porque la imaginación nunca se aleja del todo de la experiencia.

La ficción hace un pase de lo crudo a lo cocido, porque la cruda vida no está toda junta ni cierra sentido por sí sola. Lo vivido está disperso, presignificado, y la escritura amasa, fusiona, soba hasta leudar, cuece; para eso, hay quienes necesitan conocer el trazado antes de salir de casa, llevan mapas, evalúan puntos cardinales, necesitan saber hacia dónde van y cómo termina el recorrido. Otros nos largamos a escribir por algún impulso que a veces llega y, como llega, muchas veces también se va, sin que sepamos previamente dónde está el camino, que a menudo apenas si es sendero, apenas si huella.

Soy una de esas que se largan a ciegas, llevo brújula (emoción y deseo de comprender), eso sí, y esa brújula suele llevarme a alguna parte. A un lugar que, siendo de otros, siempre tiene mucho de mí.



Cuerpo y escritura*

1.

Una bomba de oxígeno.

El filósofo trans Paul Preciado, quien dice de sí “no soy hombre ni mujer ni heterosexual ni homosexual, soy un disidente del sistema sexo-género” y que hizo un camino que lo llevó desde el feminismo radical a la condición de trans antiedad, antigénero y antirraza, nació como Beatriz Preciado, hace cincuenta años, en la ciudad española de Burgos. Cuenta que durante el confinamiento al que nos hemos visto sometidos se le ha desordenado la vida, el tiempo ha tomado otro espesor, se han reorganizado sus tareas cotidianas, y que, entre todo eso, ha adquirido un nuevo hábito: cada día hacia la noche, después de aplaudir o gritar en el balcón, según se precie, tiene una videoconferencia con sus padres.

Paul vive en un suburbio de París y los padres en España, en un lugar al norte de Castilla. Antes de que apareciera este coronavirus y comenzara la cuarentena, dice, se hablaba con sus padres cada dos o tres meses para ocasiones importantes como los cumpleaños o las fiestas familiares, pero ahora, en este encierro, la llamada diaria, puntualmente a las ocho y media de la noche parisina, se ha convertido en una bomba de oxígeno para sus padres y para él. Eso es lo que dice la madre: “Verte es como salir a respirar”. El padre tiene 90 años y Paul

* Conferencia de apertura de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires (FILBA), 2021.

dice que siempre fue un hombre frío, un niño abandonado por su padre, un hombre incapaz de sentir amor, que vivió solo para trabajar; así al menos lo ha visto y sentido él, cuando era Beatriz y cuando transitó hacia este Paul que ahora es. Lo cierto es que el hijo y los padres se hablaban de vez en cuando, pero ahora, unos y otros esperan cada día, puntualmente a las ocho y media de la noche, ese momento de encuentro. “¿Quién llama?”, pregunta el padre; “Es nuestro Paul”, dice la madre. En el transcurso de los días, el padre parece buscarse en el rostro ahora masculinizado de Beatriz. “Cada día te pareces más a tu padre”, dice la madre; Paul sabe que la transición está sacando a flote un fenotipo que el estrógeno mantenía escondido, y aunque no se lo dice al padre, el parecido lo inquieta y conmueve también a él. El padre pregunta por qué no se deja la barba en toda la cara, el hijo dice que —como empezó a tomar estrógeno a los 38 años— los poros están tapados y el pelo no crece en toda la cara. “Pues vaya negocio, para este *recao* no hacen falta alforjas”, dice el padre, un dicho que habla de la inutilidad de hacer algo; después la madre agrega que es difícil que puedan volver alguna vez los dos, ni que hablar los tres, a caminar juntos por la calle, y siguen con la barba de Paul y con la dedicatoria del próximo libro que este le va a hacer a “*une philosofe no binarie*”. Antes de despedirse, el padre —ese hombre de 90 años abandonado por su padre cuando niño, ese que nunca fue capaz de decirle a la hija que Paul era, ni al hijo que ahora es, que la o lo quería, ese que no sabía o no podía dar amor— se acerca a la pantalla y le da un beso y Paul no sabe cómo reaccionar a esa inesperada muestra de amor.

“Te esperamos mañana —cierra la madre—, te esperamos para nuestra salida del día”, esa bocanada de oxígeno a través de la computadora.

2.

El nombre en la punta de la lengua.

El escritor francés Pascal Quignard cuenta que su madre se sentaba siempre en una punta de la mesa del comedor, de espaldas a la cocina, y que de pronto, bruscamente, hacía callar a los hijos y su mirada se alejaba, se perdía en el vacío, extendía la mano buscando una palabra y de repente todo se detenía en ese silencio, de repente nada existía.

La nada.

Extraviada, la madre intentaba que le viniera en el silencio una palabra, la palabra que tenía en la punta de la lengua. “Nosotros mismos estábamos en el borde de sus labios”, dice el hijo, estaban sin ser nombrados. Hasta que de pronto la madre recuperaba la palabra perdida, la palabra cuya pérdida o cuyo olvido la desesperaba. La recuperaba y la pronunciaba una y otra vez, como un descubrimiento, como una maravilla.

“Toda palabra recuperada es una maravilla”, dice el hijo. La palabra que no se sabe y de la que se está privado. El nombre en la punta de la lengua, ese nombre que a veces se resiste a aparecer, nos recuerda que la lengua no es un acto reflejo, que es adquirida, que podemos padecer su abandono, que podemos volver a ser infantes en el sentido etimológico de la palabra que designa al recién nacido, el que todavía no ha adquirido la lengua.

Quignard sabe de qué habla cuando habla de la falta de habla porque perdió dos veces la lengua. A los dieciocho meses se silenció, comía a oscuras en una mesa azul de rejilla de la que se acuerda mejor que de él mismo. “Era mi mesa de silencio —dice—. Yo era aquel niño a quien apasionó el silencio, aquel niño que apostaba la totalidad de su vida en el esfuerzo de su madre por recuperar un nombre que tenía en la memoria

y que se le negaba.” Esa depresión de niño tuvo lugar después de una mudanza familiar porque lo separaron de una chica que lo cuidaba mientras la madre estaba enferma. La chica se llamaba Mutti y, ante su ausencia, él entró en mutismo. En alemán, *Mutti* (con dos tes, como la chica) es una variante de “mamá” y de “ama de casa”; en francés el nombre suena próximo a *mot*, que significa “palabra”. En italiano mudez es *mutismo*, y en latín, *mutis*, “hacer mutis” es callar o salir de escena (o hacer salir a otro, a un actor, de escena). Madre, mamita, ama de casa, palabra, callar, salir o ser sacado de escena, todo eso y más guardaba para el niño aquel nombre de la muchacha que lo cuidaba. “Hice mutis —dice—, llegué a sepultarme en ese nombre más querido aun que el de mi madre.” Se vio de nuevo obligado a callarse cuando tuvo la edad de 16 años, cuenta, “me guardo el por qué, ese es mi secreto”. La memoria es en primer lugar una selección de lo que se está por olvidar y luego una retención de lo que queda fuera del olvido que la funda.

3.

No hay una sola verdad, por eso a la hora de escribir lo que se busca es entrar en la verdad de otro, mirar ahí hasta dejar de ser mero espectador. Para eso quien escribe debe poner en cuestión sus certezas, para hacer que el lector también se ponga a sí mismo en cuestión; en eso consiste lo político de un texto, porque lo que une al arte con la política es la posibilidad de establecer disenso. El asunto es cómo volver verdadera una voz, porque un relato es una voz al oído. En la oralidad anida lo más vital de una lengua, y eso es lo más difícil de apresar, de modo que quien escribe necesita estar atento a los registros del habla, a los matices, porque ahí aparecen las convicciones, las contradicciones, los conocimientos y las confusiones de la voz que narra.

De un modo u otro, en la escritura entra lo biográfico, es imposible que no entre en una ficción, pero a la vez, el trabajo de escritura hace su cocción, transforma la experiencia en otra cosa. Después de una ardua labor, como si se tratara de un pase de magia, quien escribe logra que lo vivido o visto o escuchado se vuelva visible para otros. Busca, cava, horada en la sospecha de que ahí se esconde una verdad personal hasta que algo todavía desconocido se revela. En ese alambique se fusionan experiencia e imaginación, lo ficcional y la (propia) vida. Las formas del arte más interesantes son aquellas en las que un individuo yendo hacia sí mismo logra extraer algo de la voz social; hace posible que hable por su boca una sociedad.

En cuanto a mí, nunca escribí historias reales, pero tampoco puramente imaginadas. Todo lo que hice condensa situaciones que vi o escuché en oportunidades y tiempos diversos y también hay mucho autobiográfico que se filtra, pero nunca como un propósito sino de un modo que llamaría “estallado” (como si se rompiera un vaso en miles de pequeñísimos fragmentos y esos fragmentos se diseminaran en el texto y ya no pudiera quitarlos y a veces ni siquiera reconocerlos). La imaginación es un vuelo que nunca se aleja del todo de la experiencia y, como dijo Wallace Stevens en su *Adagia*, “lo real solo es la base. Pero es la base”. Yo creo en eso. Esa materia cruda que es la vida, que no está toda junta, que está dispersa, es lo que la escritura cuece, amasa, fusiona. Reciclado y cocción de ingredientes muy diversos, donde la gracia consiste en que no se noten los ingredientes ni se vean las costuras.

La identidad atraviesa de diversas maneras lo que he escrito. Tal vez porque soy hija y nieta de inmigrantes que perdieron su lugar y aquí se buscaron, algo de esa nostalgia que tenían le dio un tono a mi relación con el mundo. En los pueblos de donde provengo, la gente añoraba algo ilusorio, y bien sabemos que la escritura nace de la falta, que la palabra aparece

cuando no está la cosa. La maternidad me atraviesa en mi condición de madre y de hija, me hace mirar más allá también a mis abuelas y a otras mujeres que entraron a alimentar mi imaginario con sus relatos; ese traspaso generacional me atraviesa, de igual modo que la temprana tensión (ya tan percibida en mi madre) entre la mujer y la madre. Pero no importa el camino sino el caminante. Hay quienes necesitan conocer el trazado antes de salir de casa y otros que se largan a caminar por algún impulso que a veces llega y, como llega, muchas veces también se va. Pertenezco a esta última clase de escritores; las mejores cosechas vienen de una búsqueda a ciegas, aunque llevo por brújula la emoción y el deseo de comprender y esa brújula suele llevarme a alguna parte, a un lugar que siendo de otros, siempre tiene mucho de mí.

La primera línea es un regalo del cielo, al resto hay que transpirarlo. El regalo es una imagen, una escena o una frase, algo de pronto recordado, soñado o imaginado. Si estamos de suerte, tal vez ahí ya esté el comienzo de una voz en el oído, un tono, una intensidad. Si el deseo y la curiosidad y la energía y la disponibilidad de tiempo me acompañan, sigo ese hilo, eso incipiente, intentando ver hacia dónde me lleva. Muchas veces llego a un sitio que no conduce a ninguna parte, entonces es hora de volver la mirada hacia otras cosas. Algunas veces el azar o la persistencia ponen (al cabo de días o meses o años) ese hilo en mis manos y llego finalmente a algún lugar. Cuando eso sucede me sorprendo del camino recorrido, un camino no del todo consciente, por momentos bastante incierto y no del todo mío. Lo que más me asombra es descubrir que por recorridos muy sinuosos, muy sesgados, ciertos aspectos de mí misma que desconocía se las ingenian para salir a flote. Se trata siempre de algo que se vuelve más humano, que —me parece— me vuelve también a mí más humana, es decir, con mayor capacidad para comprender algo de mí misma y de otros.

Claro que, para abrir(se) en la huella, para llegar a alguna parte en medio de la incertidumbre, para que el andar tenga su levedad y su hondura, hace falta oficio. A aprender, enseñar y perfeccionar el oficio, he dedicado muchas horas de mi vida. Hay una tensión fundamental ahí. Una potencia. Para escribir necesitamos del oficio como del pan, y al mismo tiempo entender la escritura como una destreza es lo que más nos aleja de lo que deseamos. En esa lucha entre conocer el oficio para ponerlo al servicio del deseo y someter el deseo a una escritura de oficio está el fermento de una obra.

Escribir, así como yo lo entiendo, es ir hacia eso que viene hacia nosotros, esa imagen, esa voz en el oído, entregarse a esa intuición. Deseo de ser transformado por eso que viene y a lo que vamos, intenso deseo de comprender. Ir sin saber hacia dónde, abiertos a lo inesperado. Necesitar de la destreza como del pan y conocer el peligro de hacerlo de oficio. Comprender que lo mejor sería deshabitarse para que algo pueda ingresar, algo de todos y al mismo tiempo tan propio, tan singular. Deshabitar-nos (¡lo más difícil!) para que eso de otros que está en nosotros, y desconocemos, aparezca. Aceptar que nunca nada será del todo como lo hemos deseado, que por grande que sea la entrega y por larga que sea la espera, puede que no sepamos ver o que escuchemos mal o que sea demasiado pronto o demasiado tarde, porque como dice un poema de Rodolfo Godino, “en la pelea con la palabra inhábil, partes del corazón y la verdad se pierden”¹



¹ Rodolfo Godino, “Para escribir el poema”, en *Centón*, Buenos Aires, Del Copista, 1997.

“**N**arradores somos todos. En el copioso mundo de los relatos, hay quienes cuentan, quienes escriben y quienes leen o quienes hacen todo eso a la vez. Quienes lo hacen de un modo público, en el ágora o en el aula, y quienes lo hacen solo en la intimidad. Se trata de un acto de magia. Cuando sucede, es consecuencia del esfuerzo para lograr que lo que vemos se vuelva visible para otros. Visible, a veces inquietante, a veces incluso en el límite de lo soportable, porque el relato nos permite recibir hasta lo insoportable”, dice María Teresa Andruetto.

¿Qué significa narrar? ¿Para quién se narra? ¿Cuál es el objetivo de una narración? Desde que existe la escritura, existen estas y muchas otras preguntas que la autora hilvana y desteje a lo largo de este libro. *El arte de narrar* nos lleva con agudeza y sin concesiones a la ficción y sus silencios, a la relación entre la lectura y la escuela, a los repliegues de la lengua, a una genealogía de escritoras, a la literatura como forma de resistencia, en ensayos como peldaños donde hacer pie, como trincheras donde detenerse para repensar la literatura.

